



## SAN FRANCISCO DE ASÍS

### CAPÍTULO PRIMERO.

#### PRIMEROS AÑOS.

La naturaleza en Italia. — El pueblo natal de san Francisco.  
— Familia. — Nacimiento. — Educación. — Mocedades. —  
Rostro y talle de san Francisco. — Planes de vida militar.  
— Nuevos caminos. — La soledad. — Primera prueba

.....  
*In Christo è nata nova creatura.  
Spogliato homo vecchio, e fatto novello.*

.....  
*(Amor de caritate, poesía atribuida  
á san Francisco.)*

.....  
Nueva criatura ha nacido en Cristo: el  
nombre viejo se renovó.....

.....  
*(Amor de caridad, poesía atribuida  
á san Francisco.)*

**T**IENE el paisaje en Italia dos maneras muy distintas de ser bello. Con sólo mirar el mapa de la península latina, se advierte notable diferencia entre el contorno caprichoso, ondulante y accidentado de la costa que baña el Tirreno mar, y la línea severa de las márgenes del Adriático. Á la parte del Tirreno están Génova, cantada por el Taso, con sus azoteas de mármol blanco y su bullicioso puerto; la cosmopolita Liorna; Roma y

sus esplendores arquitectónicos; Nápoles y la torneada valva de su orilla. Allí esmaltan la campiña las villas de recreo, guardando en sus columnatas, en sus vasos de pórfido, en sus estatuas protegidas por la deleitosa sombra de amenos bosquecillos, el recuerdo del sibaritismo romano. Allí los volcanes, cuya lava abrasa primero y fertiliza después; allí las grutas sombrías, las pendientes abruptas que tapiza el viñedo de follaje purpúreo, el limonero de embriagador perfume, el granado de encendidas flores; allí los golfos surcados de lanchas de pesca, las playas festonadas de conchas de mil colores, los cabos atrevidos que se hunden en el mar, las noches tibias, los abrasados ocasos, la luz del firmamento, el matiz de zafiro de las cerúneas olas. Del lado del Adriático se tienden las melancólicas lagunas de Venecia; Ferrara y el brumoso Po; Ravena, refugio de exarcas griegos y de reyes godos, con su monótona y desolada planicie. Ni un golfo redondea su seno sobre el perfil de la ribera, que en vez de hacer frente á las pintorescas islas de Cerdeña y Córcega, tiene por eterno centinela las regiones salvajes de Dalmacia y de Iliria. Y si descendiendo la nevada cima de los Apeninos penetramos en el país de Umbria, hállase una zona de verdura y de vegetación, pero marcada con cierto sello de austeridad, que pudiéramos llamar pudor de la naturaleza. Faltan los álces, los mirtos y rosas mitológicas de las aldehuelas napolitanas: álzase el castaño, de lozano ramaje y vigoroso tronco, el moral fresco, el olivo santificado en su jugo, el ciprés esbelto, cuya forma ojival convida á la plegaria; el olmo gallardo ceñido por las verdes ligaduras de la vid; los frutales, amables al hombre, junto á los grandes árboles de floresta, amigos de la soledad. De Narni á Terni, presunta patria de Tácito, la vista es cada

vez más atractiva; la cascada del Velino, maravilla artificial que creó el genio romano, cae en risueña hondonada vestida de naranjales; más adelante reposa el lago de Pie de Luco, con sus linfas dormidas cubiertas de un tapiz de flores acuáticas. Las montañas de la Somma se yerguen majestuosas, y el valle de Espoleto se despliega feraz á sus pies, regado por el arroyuelo del clásico Clitumno. Bajo un firmamento apacible y despejado, de tonos suaves y celestes; empinada sobre alta colina; henchida de ruinas romanas, cercada por fuertes muros, se encuentra Asís.

Como otras muchas villas de Italia, era Asís, al finar el siglo XII, un pueblo precozmente emancipado del feudalismo, dueño de organización municipal y floreciente industria. Extenso y activo comercio, dificultado á veces por las escaramuzas civiles cotidianas á la sazón, sustentaba en Asís la prosperidad de una ciudadanía poderosa é inteligente. Exportábanse con provecho los frutos de aquella campiña, rica en cereales opimos, y no sin motivo llamada el jardín de Italia. No se consideraba vil la profesión de mercader; antes, los que la ejercían formaban aristocracia privilegiada y fuerte. Una de las familias más acaudaladas é influyentes en semejante aristocracia era la de los Moricos ó Moriconi (1), que tenían por blasón tres ánades de plata bogando en un río. Al jefe de la casa, Pedro Morico, llamado de apodo *Bernardone*, conocía todo Asís por hombre opulento, incansable en agenciar, que se pasaba la vida yendo y volviendo á Francia á saldar sus géneros y ensanchando la esfera de su trato y granjería. De su esposa, Pica de Bourlemont, dama de ilustre abolengo francés, sólo había trascendido al público mansa fragancia de domésticas virtudes.

Reinaba durante el año 1181 (2) en toda Umbria presentimiento ó expectación de algún suceso extraordinario. La viva fantasía del pueblo se hallaba excitada con el espectáculo de fenómenos que en la Edad Media, como en la antigüedad pagana, se tuvieron por anuncio de trastornos y mutaciones en la faz del orbe : largos eclipses, hondos terremotos, desencadenadas tempestades, nubes de fuego al Poniente, el Etna vomitando rios de encendida lava, los campos cubiertos de ese polvillo de corpúsculos rojizos que remeda lluvia de gotas de sangre. En Asís se apareciera un hombre medio simple, de costumbres puras y sencillas, cuya única ocupación fué recorrer las calles gritando incesantemente : ¡Paz y bien! Subió de punto la ansiedad de los comarcanos viendo, por espacio de varias noches, que el valle de Espoleto y las dentadas crestas de las circunvecinas montañas se teñían en misterioso fulgor, en claridades plácidas como la de la aurora. Por fin, en el transcurso de una velada más serena y magnífica que las anteriores, en que los astros centelleaban amorosamente sobre el pabellón turquí de los cielos, se escucharon hacia una antigua ermita semiderruida, llamada de Nuestra Señora de los Ángeles, conciertos de acordadas voces, músicas no humanas, armonías dulcísimas, himnos de gozo, que hasta el amanecer siguieron resonando. Mientras oían suspensos los labriegos del valle, en el hogar del opulento Pedro Bernardone andaba la gente angustiada y confusa : llegara para la dueña de la casa la hora terrible de la maternidad, y el parto, trabajoso y lento, no daba indicios de llegar á decisiva crisis. En los instantes de mayor congoja se entró por las puertas de la casa incógnito peregrino, que imponiéndose á la turbada familia, sacó á la parturienta de

su cómodo lecho, y la llevó á un establo próximo en que, atados un asnillo y un buey, comían en viejo pesebre su ración de paja. No bien pasó la mujer afligida el umbral del humilde lugar, cuando se abrieron sus entrañas y vió la luz del día Juan Moriconi, llamado después san Francisco de Asís (3).

Al ser llevado el infante á la pila bautismal, presentóse otro peregrino tan desconocido como el primero, reclamando el favor de apadrinar á la criatura. Los peregrinos eran generalmente reverenciados en los siglos de fe : se les suponía ligados por solemne voto de purificarse con la expiación, y cercábales el respeto. Los parientes colocaron al recién nacido en brazos del forastero, que, terminada la ceremonia, desapareció sin saberse por dónde, dejando impresa en las gradas del altar la señal de sus rodillas (4). Fué voluntad de la madre que el niño recibiese el nombre de Juan (5). Pocos días después de su nacimiento, hallándose la criatura en el regazo de su nodriza, asomó el tercer peregrino, no menos mozo, galán y afable que los dos anteriores; y tomando en sus manos el tierno retoño, le acarició haciéndole la señal de la cruz sobre el hombro : señal que quedó marcada para siempre, indeleble y encendida como brasa.

La niñez y educación de Francisco fueron cuales se puede colegir más por racionales deducciones que por noticias largas y minuciosas. Si la tradición conserva las poéticas particularidades del glorioso alumbramiento de Pica; si la crónica archiva los hechos del Patriarca de Asís desde que comienza su figura á resplandecer sobre el siglo XIII, en cambio los primeros años de Francisco se deslizan cual las horas de la simiente puesta bajo la tierra y que no ha germinado aún. En una ciudad como Asís, más dada al tráfico que

al cultivo de las letras, se deja entender que no recibiría Francisco aquella instrucción vasta y profunda que su lozano entendimiento y clarísimas facultades reclamarían en Siena ó Bolonia. Tan inexacto fuera considerar á Francisco prodigio de sapiencia, como calificarle de ignorante y falto de cultura. Si espíritus tan extraordinarios como el suyo pudieran sujetarse á medida, diríamos que, sometido á educación literaria fundamental, sería Francisco quizás asombro de su siglo en las letras humanas, dada la fuerza de su percepción estética y la riqueza de su mente; mas para el fin á que lo destinaba la Providencia, bastóle la tintura de conocimientos que en Italia no faltaba á individuo alguno de acomodada clase.

Bien quisiera la madre adornar con cuantos primores añade la doctrina aquella fantasía juvenil que estaba viendo despuntar, aquel corazón ardiente y generoso cuyos impulsos cada día observaba: para lograrlo puso á su hijo en pupilaje de unos clérigos dedicados á la enseñanza, que le diesen nociones de literatura y aumentasen las que ella amorosamente le infundiera ya. Mas el padre proyectaba hacer de Francisco un socio hábil y diligente, diestro gestor de sus caudales; no le quería letrado, ni clérigo, ni siquiera soldado de alguno de los famosos capitanes que en aquellos tiempos aturdían con el rumor de sus proezas los oídos del vulgo: deseábale aplicado no más que á mantener el crédito de su lonja mediante la economía y la asiduidad al trabajo. En el seno de la familia de Francisco se iniciaba ya la discordia de pareceres que estalló más tarde. Mientras Pica, en su noble ambición de madre, anhelaba enviar á su hijo á las doctas escuelas donde se formaba á la sazón la juventud, Pedro Bernardone, ejerciendo su autoridad de cabeza de

casa, le iniciaba en los misterios del tráfico, llevándole consigo á las excursiones por Francia. Entre el doble influjo paterno y materno, vino á encontrarse Francisco dueño de lo que hoy se llamaría un barniz general de ilustración. Con sus maestros, los eclesiásticos de San Jorge, aprendió el latín, estudió los sagrados libros; salió consumado pendolista, haciendo gallarda letra con ortografía excelente (6); y en los viajes que realizaba con su padre, ensanchó el círculo de sus conocimientos y se desarrolló sin duda alguna su afición á la música y á la gaya ciencia (7) no desmentida hasta la última hora de su existir. La facilidad y soltura con que comenzó á servirse de las lenguas francesas de *oïl* y de *oc* (8) fué causa de que, ó bien su familia, ó bien sus amigos y conocidos, le diesen el sobrenombre de *Francesco*, apodo inmortal que conservó siempre (9).

Con mostrar el jovencillo Francisco agudeza y buen arte para los negocios, distaba mucho de situar y contener sus aspiraciones entre un libro de caja y una lonja. Mientras iba obedeciendo y tomando escuela de su padre, bullíale la mente en sueños, el corazón en ímpetus, la voluntad en deseos vagos é indefinibles. Presa de insaciable afán, ya ponía el oído al eco de los clarines bélicos, fantaseando marchas, gloriosos combates, nubes de polvo, desplegadas banderas, gritos de triunfo y marciales músicas; ya se deleitaba y embebecía con las canciones eróticas y quejumbrosas de los trovadores de Provenza, que entonaba con voz vibrante, apasionada y flexible; ya, ansiando desahogar la opresión de su pecho, buscaba con instinto de poeta los lugares más romancescos y sombríos de las cercanías de Asís, y sumido en interminables contemplaciones recorría los ocultos senderos tapizados de musgo, los riachuelos frescos que le enviaban el sonoro

cántico de sus ondas, los lagos en cuyo cristal se copiaban las nubes fugaces de la tarde. Y la naturaleza sosegada y pensativa le decía con sus mil murmullos algo, algo, las primeras letras de misterioso alfabeto, que en vano se consumía por descifrar. Á veces le infundía pasajero regocijo ver cautivas en las mallas de seda de las redes que tendiera, inocentes avecillas; pero, disipado al punto el placer del cazador, solía darles libertad suspirando. Andábase Francisco en aquellas fluctuaciones inquietas del espíritu cuando busca en lo finito el perfecto goce y contentamiento que á dar no alcanza. Parece como que, en seductor miraje, se divisan allá muy lejanas dichas embriagadoras que, tocadas, son aire. Finge la ilusión encantados palacios donde la realidad descubre un peñasco desnudo. Mas el hervor de su briosa mocedad fermentaba en Francisco. Sintiendo en su alma gérmenes de grandes resoluciones, de fuerza y pujanza, firmemente se creía llamado á desempeñar papel importantísimo en la escena del mundo, ya por la espada, ya por el poder; y en los devaneos de la inexperiencia imaginaba que el néctar del gozo se encierra en la copa de la ambición.

Por abrir válvulas á su impaciente anhelo, dióse Francisco á cuantas distracciones brindaba á su edad una villa como Asís. No prendado de mujer alguna, y sobradamente limpio de corazón é idealista para enredarse sin amor en torpes lazos (10), prefería al galanteo las bulliciosas juntas de los mancebos sus amigos, con los cuales, en partidas de caza, en juegos y en festines entretenía el tiempo y gastaba la hacienda. Galanas asambleas, conocidas por el nombre de *corti*, en que se trovaba y endechaba, se promovían certámenes de donaire é ingenio, se celebraban discreciones y se reían gracejos al choque de los vasos rebosando gene-

roso vino, ó al acorde de los bien templados laúdes. Á deshora y cuando el vecindario de Asís se entregaba al descanso, discurría por las calles la alegre turba de los compañeros de Francisco, rasgando los aires con tierna serenata, ó con festivo báquico cantar. De cuantos mozos bizarros y arrestados se asociaban para solazarse y divertir sus ocios, era Francisco el más liberal y dadivoso, el más exquisito en la elegancia, el más desenfadado en el porte, el más gentil tañedor, el más animado y jocosos en la mesa del convite. Así vino á ser jefe y natural capitán de todos ellos. Llamábase la gente flor de los mancebos de Asís: la villa laboriosa, que por sus franquicias municipales disfrutaba ya las ventajas de la sociedad moderna y vivía prosaica y apacible, mostrábase, no obstante, indulgente con los alborotados pasatiempos de Francisco, y amaba al galán disipador, ya porque sus arranques de desprendimiento contrastasen con el sórdido y continuo negociar de su padre, ya porque Francisco, en su vivir alegre y fácil, desplegase las cualidades caballerescas que interesan y atraen al pueblo. No blasfemaba satánica y desesperadamente, como Byron en sus orgías, ni profanaba los hogares y derramaba sangre en pendencias y duelos, como nuestros Mañaras y Tenorios; era afable, comunicativo, de apacibilísimo trato y franco genio. Es natural que en sus primeros años mostrase ya Francisco la condición humana y amorosa que le distinguió después; porque la gracia no transmuta ni renueva á los que la reciben: ilumínelos tan sólo, para que encaminen al bien las facultades especiales que ya poseen. No crea la gracia en e individuo una alma distinta de la antigua: sólo desarrolla ésta en la dirección más alta, en el sentido más armonioso y perfecto posible.

Temperamento meridional, ávido de luz, de colorido y forma, no solamente gustaba Francisco de canciones y músicas, sino de adornos y galas, de estofas peregrinas y soberbias para sus trajes, de cintillos y joyeles ricos, de delicadas randas, de perfumes y de flores. Era el fausto su natural atmósfera, la gentileza exterior cebo de sus ojos, el dinero siervo de sus manos. Andaba la casa paterna algo desavenida con esta conducta del primogénito. Pedro Bernardone veía con estupor y encubierto enojo — no exento, sin embargo, de cierta pueril vanidad — que su hijo derrochaba con el propio garbo de un Gonzaga ó de un Visconti lo que él, á costa de tantos sudores y cálculos, atesorara; Pica, provista del fondo de inagotable indulgencia peculiar de las madres, disculpaba y consideraba con ojos benignos las prodigalidades de Francisco, queriéndole acaso más bien distraído en futilidades, que seco y dominado por la codicia. Y lisonjeaba el inocente orgullo maternal mirar al mozo tan gallardo y bienquisto y celebrado y discreto, y pensar en su interior lo que en alta voz y con despecho solía repetir Pedro Bernardone : que más que de linaje de mercaderes, parecía Francisco heredero de un príncipe. Ya fuese que en la memoria de los habitantes de Asís durase aún el recuerdo de los hechos singulares acaecidos al nacer Francisco, ya que les sedujese el profundo atractivo de su persona, ello es que de todos era querido. En su infancia creían las gentes ver reverberar en el fondo de sus pupilas luces extrañas, semejantes á las estrellas pálidas que rielan sobre los lagos; y un hombre de Asís, sencillo é indocto según unos cronistas, letrado según otros, acostumbra, al pasar Francisco, tender por el suelo su manto, convidando al mancebo á que lo pisase : — « Dios hará con

este joven grandes cosas » decía ; y en señal de veneración se inclinaba y juntaba las manos, alzándolas al cielo.

Para juzgar del rostro y talle de Francisco en el tiempo de sus vanidades, es preciso valerse de datos posteriores, reconstruyendo con ayuda de ellos su fisonomía en el verdor de la juventud : puesto que las pinturas de su época que lo representan, — incluso la primitiva, que Giunta Pisano trazó sobre la puerta de la gran sacristía de Asís (11) y que se tiene por fiel y exacta, — corresponden al periodo en que ya la penitencia, las lágrimas y el fuego interior demacraran, espiritualizaran y consumieran la carne y los contornos de Francisco. Si nos atenemos al retrato hecho por Giunta, la estatura de Francisco era cumplida, midiendo su cuerpo, conforme á las reglas de proporción anatómica, seis veces el altor de la cabeza ; el cuello, largo, bien puestos los hombros, ancha y desarrrollada la bóveda del pecho, las piernas largas, derechas y de forma escultural, los brazos algo demasadamente cortos, los pies no muy grandes, las manos de aristocrática delicadeza y pequeñez. La cabeza, y sobre todo, la configuración del cráneo, merecen particular estudio (12). Admira y asombra la región frontal por sus dimensiones y amplitud; y no obstante, esta conformación, que se observa también en los retratos auténticos de santa Isabel de Hungría, no constituye imperfección : es una forma anormal, pero que nada tiene de monstruosa. El cráneo de san Francisco, en su desmesurado tamaño, es perfecto ; por el vasto espacio de la serena frente, que imprime á la parte superior de la faz cierta candidez infantil, vaga el resplandor de la inteligencia; el pensamiento ilumina el extenso hemisferio, como la candela el vaso de alabastro en que está

encerrada. Hacia las sienas, blando hundimiento revela la sumisión de los instintos sensuales á facultades más nobles, y hace que empiece á indicarse el diseño oval del rostro. Éste se prolonga ascético, como una ojiva invertida; la barba termina en punta; las mejillas se sumen, el ángulo facial es recto y noble, la boca respira candor y benevolencia; la nariz, levemente aguilfea y prolongada, completa el carácter meditabundo y abierto á la vez del semblante. Los ojos son un portento de santidad. Coronados por cejas de arco suavísimo, se abren entre párpados frescos donde no dejaron huella alguna las vigiliass, los trabajos, y el llanto que escalda; la mirada es transparente y profunda como el agua, que á través de miles de capas deja ver todavía un más allá, siempre claro y límpido. En conjunto, el rostro de Francisco es dulcemente austero. No puede llamarse hermoso, si aplicamos á la estimación de la belleza criterio clásico y pagano: mas atendiendo á la expresión de la fisonomía, la hallaremos acabada en su género; incomparable. Sus líneas sobrias é incorrectas paténtizan el alma, con la misma elocuencia con que las notas de la música encarnan lo inmaterial del sentimiento. Compréndese en los rasgos del semblante de Francisco que la lozania de la carne, la magia del color, el brillo de la juventud, antes debieron disminuir que acrecentar su atractivo. Cuantos vieron á Francisco predicando, convienen én que su piel era cetrina y pegada á los huesos, su cara macilenta, su aspecto misero; y sin embargo, tal la fuerza de su voz, de su mirar, de su ademán, que irresistiblemente se llevaba tras sí los corazones. El gran pintor cristiano que ha producido España, el que en feliz consorcio supo unir á la sinceridad realista la luz superior del espiritualismo, Bartolomé Esteban Murillo,

interpretó el tipo de Francisco conforme al ideal que nos formamos del Santo de Umbria. La figura severa, beatificada ya, de Giunta Pisano, conmueve menos que el cuerpo y el rostro vivos, dotados, al parecer, de calor y movimiento, que tiene san Francisco en los lienzos de Murillo. Ya le represente en extática plegaria, ya cargado con la cruz, ya estrechando en amoroso abrazo á Jesucristo mientras con el pie huella y rechaza el globo del mundo, san Francisco, comprendido por la mente creadora del artista, alienta y habla casi, y se perciben en su exterior las particularidades de su carácter; la fe, la caridad, la pobreza, la imaginación poética, y hasta la raza latina y el origen meridional. Con quitarle al san Francisco de los cuadros de Murillo algunos años de edad, ponerle en vez del cerquillo monástico airoso birrete de terciopelo, en lugar del sayal remendado bizarro arreo de brocatel, seda y oro, se ve al apuesto trovador de Asís en lo más florido y brioso de su existencia mundana (13).

Entretenidísimo en ella andaba Francisco cuando las luchas civiles lo llamaron á empuñar las armas (14). Todo ciudadano se hallaba expuesto á tal contingencia, dada la situación de Italia. Guerreábase de pueblo á pueblo, de villa á villa, de caserío á caserío. Ya eran los municipios que se defendían de las pretensiones avasalladoras de un noble, ya dos casas rivales que trataban de emancipar un pueblo ó de subyugar otro; hasta en el seno de una ciudad misma se alzaban torreones y fortalezas, cuartel de chicos ejércitos, no remisos en embestirse mutuamente (15). Sobre todo, desgarraban el país las dos facciones güelfa y gibelina, cuyas encarnizadísimas é incesantes contiendas indisponían al hermano con el hermano, al padre con el hijo. Por culpa de ellas se hallaban Asís y la

próxima villa de Perusa en constante hostilidad. Algunos nobles de Asís, por rencillas con sus paisanos, se acogieron á Perusa, ofreciendo su espada en pago de la hospitalidad : y airados los de Asís cuando supieron la traición, salieron en armas contra el enemigo. Entre ellos iba resuelto y batallador Francisco, el que más tarde había de pacificar tantas discordias. Derrotados los de Asís, quedó la flor de su juventud prisionera en manos de los adversarios. El jefe de las fuerzas de Perusa, Marcomano, senescal del Imperio, hizo dura la cautividad de los mozos de Asís, imponiéndoles privaciones, y aun amenazando su vida. Á dos pasos del regalo de sus hogares, languidieron los infelices un año, faltos de toda esperanza y alivio. Mientras se consumían sus compañeros de nostalgia y tedio en los calabozos, sólo la jovialidad de Francisco era perenne : ni se le oyó una queja, ni se vió una nube en su rostro. Impacientes los amigos le acusaron de insensible, pues no le conmovían propias ni ajenas amarguras. Y Francisco, con todo sosiego, respondió : — « Jamás ha estado mi corazón tan libre como hoy : yo os digo que un día habréis de verme honrado por toda la tierra. »

Rotos al cabo los grillos de los prisioneros, fuéles posible tornar al seno de sus familias, y aspirar el ambiente de la libertad. Mas sea que la estancia en la prisión y las estrecheces sufridas hubiesen minado sordamente el organismo de Francisco, sea que la elaboración de su espíritu correspondiese con un estado especial de su cuerpo, ello es que se rindió en el lecho á la embestida de peligrosa enfermedad.

¿Qué experimentaría su alma en las horas interminables de ardiente calentura, cuando su temperamento robusto y juvenil luchaba cuerpo á cuerpo con la

muerte? ¿Qué imaginaciones, qué ideas le asaltaron entre el incendio de la fiebre y la languidez del sopor? Al pisar de nuevo, extenuado aún, la vega deliciosa que á Asís rodea, no absorbieron sus pulmones las embalsamadas auras campesinas con aquella avidez que suelen los que tornan á vivir; ni el espectáculo risueño de las feraces huertas, las nevadas montañas y el cielo claro y luminoso le produjo aquellos estremecimientos de regocijo que dilatan el ser de los convalecientes. Antojábasele, al contrario, que crespón de fúnebre melancolía se tendiera sobre la naturaleza toda; y él, amante de flores, praderas, aguas y soledad, no podía soportar la vista de objetos antes tan gratos, ni á sí propio podía sufrirse. Todo estaba oscuro en su alma y fuera de ella.

Bien como en los mausoleos romanos, entre el silencio de la muerte, ardía una lámpara perpetua, en el corazón de Francisco no se extinguiera jamás el instinto fuerte y poderoso de la más fecunda de las virtudes : la caridad. Instinto era, porque Francisco no enlazaba aún con un criterio trascendental el ejercicio de la limosna; pero instinto de tal manera arraigado y dominante, que en ocasión alguna dejó de vencer. En el tiempo que con más asiduidad ayudaba á su padre en los negocios, ocurrió un día que un pordiosero le pidiese limosna; y aun cuando atareado en sus faenas se la negó al pronto, viendo salir al mendigo del almacén, echó detrás y le llenó la mano de monedas, implorando perdón de su dureza. Uno de sus compañeros de cautiverio en Perusa era detestado de los restantes por grosero, rústico é insufrible : abandonáronle todos, y Francisco, atraído ya del imán que le llevó siempre á buscar el dolor y la miseria, se dió á servir y atender al que los demás rechazaban. En la confusa tristeza y